

VÉLEZ STOREY, Jaime *et al.* (eds.) *El ojo de vidrio. Cien años de fotografía del México indio*. Prólogo de Roger Bartra. Presentación de José Ángel Gurría Treviño. México: Bancomext, 1993.

Reúne este libro una muestra de lo que ha sido la fotografía de tema étnico en nuestro país durante los últimos cien años. La selección comienza con el retrato de una joven tarahumara, fotografiada por Carl Lumholtz, el antropólogo noruego, en 1893, y cierra con una escena captada por Delia Sánchez Martínez, una niña de once años, en una comunidad matlatzínca participante en el taller de fotografía "Desde Dentro".¹

La belleza de la primera foto depende casi por entero de la serena juventud de la modelo, destacada sobre un fondo fuera de foco, intemporal. La última logra plasmar un contexto concretísimo donde en un juego de claroscuros se da la relación padre-hija.

El material de esta publicación nos permite formarnos una idea de la dirección del desarrollo de la etnofotografía hasta nuestros días. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, y a pesar de corrientes nuevas y no tan nuevas que subrayan la necesidad de involucrar a las comunidades estudiadas en su propia descripción, éstas no han tenido acceso a la fotografía como medio de expresión de la cultura propia.

Las causas y consecuencias de esta marginación tecnológica y cultural son varias, sin embargo puede ser la principal la falta básica de respeto a seres humanos tratados individualmente y en grupo como objetos de explotación, en este caso fotográfica.

En su prólogo "A flor de piel: la disección fotográfica del indio", Roger Bartra toca algunos aspectos de la problemática suscitada al estar excluidas las comunidades indígenas de su representación

¹ "Desde dentro", programa de fotografía con niños indígenas. Véase "Retrato de una estirpe", de Mauricio Ortíz, en *Luna Córnica*, núm. 3, revista de fotografía del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

fototnográfica, pero parece tomar este hecho como una fatalidad acaso insuperable, sin reparar en que el propio libro presenta cuando menos dos fotos endógenas recientes que ponen en entredicho tanto a la corriente en cuestión como a su texto. El prologuista comienza su disquisición citando el ensayo "Fragmentos de una estética de la melancolía", de Susan Sontag. De ahí toma las ideas que han de sustentar su discurso: la fotografía, al intentar desnudar al sujeto, le añade una cutícula más; una estética de la melancolía permite la metamorfosis de la miseria del indio en belleza muda.

Bartra encuentra que los fotógrafos antologados prefieren las escenas de entierros, rostros afligidos, cuerpos cansados y seres ahogando sus penas en alcohol.

Agregaría yo que otro lugar común en la fotografía de tema étnico, de doble filo, es la de captar al sujeto en plena armonía o clara disonancia cultural con el ambiente. Domina la fotografía naturalista, de pretendida objetividad, aunque sabemos cuánto depende este arte de la teatralidad, de la composición artificiosa de las partes, de que el artista escoja, de entre las múltiples facetas y poses del sujeto fotografiado, la imagen que mejor exprese el estado de su propia alma.

Explica Bartra, intentando unir sus apreciaciones sobre el "México profundo" y el "México melancólico":

Las fotografías del México melancólico nos ayudan a comprender un misterio de la cultura nacional: ¿Cómo explicar que la cultura oficial modernizadora exalte las imágenes del México profundo y las adopte como símbolos? No hace mucho un escritor explicaba el fenómeno: aunque somos mestizos modernos, nuestro corazón es indio; por ello exaltamos una civilización muda que es capaz de conmovernos sin pasar por nuestra inteligencia. El sentimiento melancólico nos ahorra el esfuerzo de aprender una lengua y nos pone en comunicación directa —por la vía del dolor— con el mundo de los indios. Necesitamos creer y sentir que, contra todas las evidencias, llevamos en el corazón al indio que asesinamos todos los días cuando nos instalamos detrás del escritorio; es necesario un leve toque de estoicismo, una costumbre del dolor, para justificar tantos absurdos en el quehacer cotidiano de la administración de la modernidad.

¿Es México, en sus entrañas, melancólico? ¿Hemos de aceptar esta definición sustentada en evidencia gráfica reconocidamente parcial, interesada, y en muchos casos hartamente ignorante? El indio-objeto se fotografía menos por una necesidad de compartir su miseria y dolor que por la existencia de un mercado para tales imágenes. Se ha pretendido documento, y apenas comienza a experimentar con técnicas que alteran sus pretensiones de reflejo fiel de la realidad sin selección ni agregados, este tipo de fotografía que podría ser tan revelador de verdades culturales no visibles a simple vista, sobre todo en manos de los sujetos mismos.

Bienvenido, entonces, este reciente intento de recopilación de imágenes y su esfuerzo por aprovechar diferentes archivos y fuentes. Sería deseable que en una publicación de este tipo se fortaleciera el vínculo entre la investigación subyacente al proyecto, y el prólogo de la obra, de manera que se conocieran tanto las motivaciones como los métodos de los fotógrafos, y se analizaran con el mismo interés la naturaleza de las comunidades y la del arte de la fotografía. Ojalá en el futuro se transite libremente por la vía que ahora se abre al cerrar el libro.

Lilián Álvarez de Testa